



MAPOCHO

BIBLIOTECA NACIONAL

SANTIAGO DE CHILE

SUMARIO

- Ignacio Domeyko: LA FIESTA DEL ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE. COQUIMBO, 18 DE SEPTIEMBRE DE 1838 ●
 Pablo Neruda: POESÍA ● Hugo K. Sievers: LA EXPANSIÓN URBANA DE SANTIAGO Y SUS CONSECUENCIAS, 1541-1960 ●
 Pedro Lain Entralgo: MENÉNDEZ PELAYO Y EL MUNDO CLÁSICO ● Fernando Uriarte: XAVIER ZUBIRI EN EL PROBLEMA DE
 LA REALIDAD ● Alfonso M. Escudero: PEDRO ANTONIO GONZÁLEZ ● Milton Rossel: PEDRO ANTONIO GONZÁLEZ
 POETA DE TRANSICIÓN ● Juan Rivano: DIALÉCTICA Y SITUACIÓN ABSOLUTA ● Jaime Silva: LA PRINCESA PANCHITA
 ● Mario Orellana Rodríguez: LAS PINTURAS RUPESTRES DEL ALERO DE AYQUINA ● Juan Uribe Echevarría: EL
 ROMANCE DE SOR TADEA DE SAN JOAQUÍN SOBRE LA INUNDACIÓN QUE HIZO EL RÍO MAPOCHO EN 1783 ● Fernando Santiván
 LA MUJER QUE MATÓ A SU HIJO ● M. L. Rosenthal: NUEVAS VOCES Y NUEVOS CANTOS EN LA POESÍA NORTEAMERICANA
 ● Andrés Sabella: RETRATOS QUIMÉRICOS ● Carlos Vicuña Fuentes: EL CONCEPTO POSITIVO DE LA LIBERTAD ●
 Luis Oyarzún: UNA MÍSTICA CHILENA ● Carlos Vial E.: RADIOSCOPIA DE UNA ENFERMA. LA ALIANZA PARA EL PROGRESO
 ● Jorge Edwards: DE FLAUBERT A LA ANTINOVELA ● Jorge Bande: "ADÁN, ¿DÓNDE ESTÁS?" ● Raúl Aicardi L.
 LA TELEVISIÓN EN CHILE ● HOMENAJE A EDUARDO BARRIOS, DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL CON OCASIÓN DE SU
 FALLECIMIENTO ● LA EXTENSIÓN CULTURAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL ● Notas bibliográficas ● Bibliografía
 Chilena ● Notas y Documentos

Organo de la Extensión Cultural

*Ignacio Domeyko: La Fiesta del Aniversario de la Independencia de Chile. Coquimbo, 18 de Septiembre de 1838**

Memorias Inéditas

VIVIMOS en la época de las fiestas políticas que se multiplican y popularizan en todo el mundo de la nueva civilización, aunque la política nunca tal vez tenía menos derecho a ser festejada. Lo que hay de más elástico en lo que concierne a solemnidades de este género, son las fiestas de julio en París (1831-4), modeladas en las fiestas celebradas en otro tiempo en honor de la Razón y otras divinidades de la revolución francesa. En Moscú el día de nombre de cualquier miembro de la familia imperial constituye una fiesta. Se quejan de la gran cantidad de fiestas de iglesia y al mismo tiempo los pretendidos progresistas introducen en el calendario político una multitud de fiestas por las cuales querrian celebrar sus miserables y fútiles triunfos.

Epoca de fiestas públicas

Cerrar las tiendas el domingo o prohibir trabajar el día de Navidad, es tiranía, reacción; pero si algún obrero se atreve a trabajar uno de esos días de fiesta patriótica, con qué encarnizamiento los diarios y las asociaciones libertarias se habrían lanzado contra el pobre.

Inmediatamente después de la guerra, durante los primeros años de la independencia se celebraba en Chile los aniversarios de todas las principales batallas ganadas a los españoles. En 1833 el nuevo gobierno, después de apaciguar la guerra civil, logró unir todas estas numerosas fiestas fijando para celebrarlas un solo día, la fecha de 18 de septiembre, como aniversario del primer Consejo Nacional (Junta) que proclamó la independencia de Chile.

Esta fiesta atrae hacia las ciudades toda la población de los alrededores; cada trabajo cesa, las minas se despueblan, las fundiciones apagan sus hornos; obreros, agricultores, mineros, etc., se reúnen en las ciudades trayendo para gastarlas las economías de meses enteros. Todos se dejan arrastrar por el entusiasmo y, se diría, un paroxismo de extravagancia.

La manera de celebrar estas fiestas nacionales es cosmopolita y en lo tocante a la forma se repite igualmente en todos los países; son siempre las banderas, el Te Deum, cañonazos, fuegos artificiales, iluminación, parada militar.

Veamos de qué manera se celebra aquí la fiesta de la independencia.

Al primer rayo de sol que aparece por encima de la Cordillera los cañones comienzan a resonar y casi todas las casas se cubren de banderas. Los colores de la bandera chilena son los mismos que los de la Francia, pero están agrupados diferentemente.

A las once horas todos los funcionarios, empleados del gobierno, oficiales municipales, profesores y estudiantes se formaban en dos filas en la calle desde la Intendencia hasta la Iglesia, a la entrada de la cual se han colocado para esta fiesta,

*Fragmentos del Tomo II, Parte II de sus Memorias inéditas.

dos cañones y la banda de música. Tocaban a vuelo las campanas, los fuegos artificiales estallaban de cuando en cuando en el aire.

El traje oficial de todos los que formaban el séquito del Intendente era negro, excepto el del tesorero (llamado ministro de la aduana) que llevaba un uniforme todo bordado de plata. El Intendente en su dignidad de jefe civil y militar llevaba un uniforme de general y una gran banda de tres colores.

Se acercaba el mediodía cuando nuestra comitiva avanzó a la iglesia. Después de los estudiantes que marchaban en filas de a dos seguían en orden los profesores, los prelados de los conventos, los miembros de la municipalidad, algunos oficiales de la guarnición y de la guardia nacional, el juez, el ayudante y el Intendente. Delante de este último llevaban una gran bandera. Cada funcionario de un grado superior tenía según la antigua costumbre española un bastón en la mano y el del Intendente estaba adornado con una borla.

A la entrada de la iglesia el sacerdote nos esperaba con el aspersorio. La iglesia estaba casi cubierta de banderas tricolores.

Después del Evangelio, el prior franciscano pronunció un sermón patriótico (sermón de la patria). Es difícil describir todas las chuchufletas que el ingenioso prior colocó en su "sermón de la patria" y de la manera cómo maltrató a los españoles. Comenzó por un elogio pomposo de Moctezuma: "Este príncipe, dijo, bondadoso, noble, adorado por sus súbditos, llegó a ser víctima de los bárbaros godos que invadieron el país en otro tiempo tan feliz y mataron cruelmente al rey. ¡De cuán feliz vida gozaban hasta entonces los habitantes en este estado de naturaleza! La gente se amaba mutuamente, eran libres, la igualdad reinaba, la civilización misma era notable. La Europa entera admiraba esos monumentos, esos utensilios, esos vasos de oro y de plata, esos ornamentos de pluma, etc., los acueductos, los canales de riego, las ciudades. Los indios sabían fundir el oro, la plata y el cobre; sus costumbres eran humanitarias. Es cierto, agregó como paréntesis, que su religión era irracional, pero la generosidad, la nobleza, etc., etc., todo desapareció con la invasión de los godos sanguinarios. Son ellos los que han detenido el progreso de la civilización, que han introducido la esclavitud..."

Tales eran más o menos las palabras del predicador, muy extrañas porque él mismo presentaba el tipo de pura raza castellana, tez blanca, frente amplia, ojos azules expresivos, y él predicaba delante de los ciudadanos entre los cuales uno veía algunos que solamente conservaban en sus rostros ciertas señales de la raza americana, frente estrecha, mejillas anchas, tez tostada, cabellos negros y gruesos. Todos escuchaban tranquilamente, graves, inmóviles, con tanto indiferencia como si se les hablara de pueblos antediluvianos. Agreguemos todavía que el sermón ocurría en la iglesia delante de un altar deslumbrador de luces y en el suelo en donde antes de la llegada de estos *bárbaros* que han traído la cruz inmolaban la gente en holocausto, devoraban los esclavos y el sol y el espíritu de las tinieblas eran los únicos objetos de la creencia.

El predicador no había terminado todavía, después de pronunciar un panegírico no menos ardiente en honor de Atahualpa y de los Araucanos, cuando llegó en su discurso a la época de la guerra de la independencia, no perdonó al Papa mismo por la bula de demarcación entre la América de España y la de Portugal. Todo era seguido de un afectado elogio de los héroes de la guerra de la independencia: O'Higgins, Freire, San Martín, etc.

El ingenioso prior, sonriente y satisfecho, dejó el púlpito en medio del silencio de los auditores, indiferentes, ocupados más bien de las distracciones que los esperaban en la tarde que de sus antepasados maltratados sin misericordia por el predicador, aunque el sacerdote y todos los asistentes sin excepción, aun los que se dis-

tinguían por su tez cobriza, hubieran considerado como el más sangriento insulto si se atrevieran a darles el nombre de indio.

Por lo que supe después, el sacerdote no estaba tan enojado con los españoles como quería parecerlo. No tenía tampoco idea tan ventajosa de Moctezuma y Atahualpa; temía solamente la vuelta de los desórdenes de la revolución cuando este mismo Freire, Pinto y otros principiaban saqueando los bienes de la iglesia, destruyendo los conventos. Eso no duró mucho tiempo, pues la gente más razonable, como Portales y Tocornal detuvieron muy pronto en esta pendiente peligrosa a los jóvenes liberales chilenos de la escuela francesa. Hoy el clero se ha declarado por el partido de gobierno que es el conservador, pero observa con inquietud la posibilidad de vuelta al poder de los llamados "pipiolos". Los menos valientes adoptan la regla práctica: servir a Dios y no ofender tampoco al diablo.

Después de la misa y el Te Deum volvimos siempre en orden a la Intendencia acompañados del tañido de las campanas y de los cañonazos. Aquí principiaron los discursos patrióticos, llamados párrafos. El honor de la primera vez pertenecía al cura. En su ausencia era el director del colegio quien pronunció el discurso y después del prior de los Dominicos, el padre Bonilla, tomó la palabra según la antigua moda española, el estilo oficial de esos discursos era muy elevado y no carecía de énfasis; citaban desde luego la Esparta, los Leonidas, los Catones y, evocando la memoria de los romanos y de los griegos, el orador no desdeñaba subir hasta el Olimpo. Después del "he dicho", el Intendente saludó sin contestar a ningún orador y todos se retiraron.

Al anoecer en la plaza de la Intendencia se verificaron los fuegos artificiales que tienen aquí el ingenio de prolongar durante más de una hora a fuerza de variarlos infinitamente.

Después del Angelus, todas las campanas se estremecen y pronto la plaza se llena de gente que se coloca tranquilamente en las aceras sin distinción visible de clases; solamente las mujeres se colocan en sillas. Esperan cortesmente. Las campanas dejan de tocar; el tambor toca y la banda militar ejecuta el himno nacional y una marcha cualquiera; arrojan en seguida cohetes, estrellas, molinetes, fuegos de bengala. De esta manera, alternativamente las campanas, la banda de música y los fuegos artificiales se repiten varias veces consecutivamente. El tiempo pasa tranquilamente, el público en silencio los fuegos y un gran lienzo barnizado detrás del cual se habían puesto algunas luces, colocado exactamente en medio de la plaza con la simple exclamación ¡Viva Chile! El cielo estaba puro, estrellado, en los intervalos se oía el ruido del Océano.

No había policía, ni gendarmes, ni maestros de ceremonia. El Intendente don Francisco Borja Irarrázaval, hijo del marqués de la Pica, rodeado de una concurrencia de señoras y caballeros, quedaba sentado delante de la puerta de su palacio como cualquier burgués. El público permanecía siempre tranquilo y silencioso. Las luces acababan de arder, todo parecía terminar cuando en el ángulo de la plaza aparece un barco iluminado, un maniquí de papel que representaba un barco, llevado por gente escondida en el interior. Otra nave muy parecida entró en la plaza por el lado opuesto y entre ellas principió una batalla. Era una innumerable cantidad de toda clase de cohetes, disparos, globos iluminados que las embarcaciones se arrojaban mutuamente; persiguiendo uno al otro se precipitaban muy flamantes por todos lados sin tener cuidado con el público. Rozaban a poca distancia las filas de señoras engalanadas y caballeros, introduciendo el desorden en la reunión hasta entonces muy grave. Después no había en la plaza entera más que gritos, carcajadas, animación, chanzas, corrían, se perseguían, todo era alegría y desorden; la gente parecía volverse loca.

Eso duró un cuarto de hora más o menos; nadie ha quedado en su lugar, ni aun el Intendente y el cabildo (concejeros municipales) debieron huir. Las luces se apagaron, las campanas dejaron de tocar, la banda se fue a los cuarteles y a medida que la muchedumbre se despertaba, se oía cada vez menos la batahola ocasionada por la última representación, gracias a lo cual hubo bastantes capas, ponchos, chales quemados, sin contar una multitud de otros disgustos de los cuales bromeaba toda la gente sin quejarse.

La plaza quedó vacía, daban las once, pero nadie pensaba en el reposo. El pueblo se iba a las chinganas, de las que hablaré más tarde, y la sociedad distinguida, a las tertulias, que tendré también más de una ocasión de dar a conocer.

19 septiembre.
Las carreras

Para este día habían anunciado las carreras de caballos y los "juegos de cabezas" (carreras de cabezas). Este último juego, reminiscencia de las guerras de Africa, introducido en Chile por los primeros conquistadores españoles, se conservó solamente en algunas ciudades de Chile hasta mi llegada, aunque ya no era en honor del rey sino de la república que se celebraban. La capital, Santiago y Valparaíso los habían desterrado enteramente bajo la influencia de los extranjeros y de la nueva generación republicana.

Ya desde hacía muchos días se había esparcido la noticia en la ciudad y en toda la comarca que habría "juegos de cabeza". Desde hacía tiempo se preparaban para esta solemnidad. El día estaba hermoso, el aire agradable, aun el mar estaba en calma. Después de mediodía la plaza principió a llenarse de jinetes montados en bonitos caballos; eran jóvenes propietarios de las fincas vecinas, vestidos con capas nacionales de colores chillones, llamadas ponchos, sombreros de Guayaquil y con enormes espuelas de plata con largas puntas. Las sillas cubiertas con una media docena de pieles de cordero, los arcos adornados con abundancia de placas de plata; el continente grave y caballeresco de los jinetes, la impetuosidad un tanto salvaje de los corceles y, al mismo tiempo la ausencia de policía y de los hombres de orden, ofrecía un aspecto enteramente nuevo para un europeo habituado a los espectáculos muy diferentes de París y Londres.

Sobre la línea del círculo descrito alrededor de la plaza en cuatro puntos a igual distancia habían plantado cuatro estacas: la primera llevaba una cabeza negra de moro, con ojos extremadamente abiertos, con expresión salvaje; la segunda tenía un escudo en que estaba pintada la luna; la tercera una cabeza también de color de bronce; y en la última, la que se encontraba frente a la iglesia, habían suspendido un anillo de manera que el jinete montado en su caballo pudiera alcanzarlo y ensartarlo en su lanza. Había todavía una tercera cabeza colocada en el suelo antes de llegar al anillo; esa era negra como la primera y pintada de rojo en el cuello como si estuviera recién cortada.

Las señoras y las niñas de la sociedad tomaron su lugar delante del balcón del palacio, brillando por el encanto de sus lindos ojos negros y por sus largas y hermosas trenzas, pues no conocían todavía aquí sombreros ni ningún género de tocado artificial.

El sol comenzaba ya a bajar cuando un nuevo cortejo más numeroso de jinetes elegantes llegó a la plaza. Todos se formaron en un orden perfecto, tranquilos y en silencio, y sin embargo, no había un solo empleado, ni soldados ni policía para volver a colocar solamente las cabezas de los moros, echadas por tierra. Alguien del cabildo, que tenía un sable al cinto, se paseaba en la plaza.

Un cuarto de hora antes de la puesta del sol, cuando el viento se calmó y el aire

estuvo fresco, las campanas de la iglesia dieron la seña y comenzaron las carreras. Había en la plaza cerca de tres mil personas.

El primero de todos, un valiente jinete salido de las filas, montando un bonito caballo negro. Usaba poncho blanco, un sombrero fino de paja con cinta azul y con grandes espuelas de plata. Avanzaba al paso, con el aire grave y majestuoso de un grande de España, sin mirar al público, firme en su cabalgadura como tallado en piedra. Antes de llegar a la primera estaca dio vuelta con destreza al caballo, volvió a su primer puesto, de ahí lanzó su caballo a toda carrera hacia el escudo y plantó con toda la rapidez de la carrera su lanza exactamente en medio de la luna; después de dar una vuelta a la plaza con paso acompasado, tomando su carrera pasó rápido como el viento al lado de la cabeza negra, la cogió, la lanzó al aire y desapareció en el torbellino del polvo. En medio de los aplausos y de los gritos lo divisamos a lo lejos caracoleando en su caballo excitado. Le quedaban todavía dos trabajos que ejecutar.

Los peritos discutían sobre las probabilidades del joven, los méritos del caballo; unos decían que el jinete había fatigado demasiado su caballo; otros, que el caballo no tenía costumbre de esos esfuerzos. Las señoras simpatizaban con el joven jinete; su bravura les agradó.

Discutían todavía acerca de la posibilidad de éxito en las últimas pruebas cuando el mismo jinete pasó rápido como un relámpago delante del palacio del Intendente, cogió la segunda cabeza y haciendo entrar sin descanso su caballo en la vía, se precipitó hacia la tercera, colocada en el suelo. La atención de los espectadores estaba excitada, todas las miradas fijas en el punto negro; en medio de gritos de animación él se acercó a toda carrera a su blanco; con un esfuerzo extraordinario detuvo su corcel en un abrir y cerrar de ojos, se envolvió en polvo y desapareció. El silencio se hizo entre los espectadores, por consideración al joven repetían en voz baja: fallado.

Otra vez el jinete debió ponerse a prueba, y esa era la más difícil. Dando una vuelta al paso a la plaza media con la mirada el anillo que definitivamente debía procurarle la victoria, o bien, las bromas de las señoras. Pasando delante del balcón de las señoritas, paseó su mirada en toda la reunión, buscando, se diría, aquella cuya vista hubiera avivado su destreza. Lanzó su caballo entonces con más vigor que nunca, pasó por debajo del anillo y —ya no lo hemos divisado—. El anillo se balanceaba paulatinamente en su cuerda, pareciendo burlarse de la confusión del joven.

Después de un instante de espera, un segundo jinete apareció en el círculo, tomó carrera y de un solo tirón plantó la lanza en el escudo de la luna, ensartó la primera cabeza de moro, lanzó la otra al aire, pero falló la del suelo y falló lo mismo el anillo.

Varios otros jóvenes entraban sucesivamente en el recinto para tentar suerte; el público se entusiasmaba cada vez más; pero era casi siempre el anillo el que hacía perder la partida. "Diga, pues, compadre, interpeló a su vecino un rico burgués echando sobre el hombro el pliegue de su gran capa española, pues principiaba a ponerse fresco, el tiempo no está como era y la juventud no es la misma que la de tiempos pasados; vean los bravos de hoy, no es como en otros tiempos cuando los señores más distinguidos, marqués de la Pica, Cortez, Monroe, Aguirre, y tantos otros tomaban parte en estos juegos; ¡qué caballos tenían y qué destreza de jinetes! Al parecer, querido compadre, todos nuestros juegos nobles y caballerescos caerán en el olvido. Quieren transformarnos a la fuerza en ingleses o franceses".

De repente resonó en la plaza una ruidosa aclamación, aplausos, vivas. Un joven

de chaqueta ricamente bordada, el poncho echado sobre el hombro izquierdo, salió victorioso de todas las pruebas.

Había enseguida carreras por grupos, y en un lugar retirado, en varios sitios, disponían torneos llamados *pechadas*, en que el jinete trata, chocando con el pecho de su caballo el de su adversario, de ocupar su lugar. Sus caballos están habituados a estos juegos y chocan a menudo con tanta impetuosidad que el adversario, jinete y caballo, caen volcados. La animación se hace cada vez más ruidosa: aplausos, gritos de animación y de triunfo, relincho de los caballos, todo se confundía en una vozería formidable que, creciendo a cada instante, parecía transformarse en desorden, cuando, de repente, grave y majestuoso cae de lo alto de la iglesia el sonido de la campana. Es el Angelus. Todo se detuvo como por encanto y en medio de un silencio completo el pueblo se descubría, los jinetes bajaban de sus caballos; delante del palacio del Intendente sólo las señoras permanecieron sentadas, los caballeros permanecían de pie. A imitación del Intendente, toda la gente hizo el signo de la cruz, rezaba en voz baja. El toque de campana sonaba por intervalos como para medir el tiempo para cada oración; varios golpes repetidos anunciaron el fin, y entonces el Intendente se dirige al público diciendo con voz grave y cortés: "Señores, muy buena noche". Toda la gente lo saludó y tranquilamente principió a dispersarse. Una media hora más tarde la plaza estaba vacía, aun en las calles se veían pocos transeúntes; en desquite muchas casas estaban alumbradas, lo que anunciaba reuniones privadas, tertulias.

24 de septiem-
bre. Tertulia
en casa del
Intendente

Era el día del nombre de la esposa del Intendente, señora Mercedes Undurraga de Irrarázaval, señora muy distinguida.

Hubo ese mismo día en la ciudad un almuerzo semipolítico, dado por la sociedad del Partido Liberal. Se pronunciaban discursos, se echaban brindis numerosos, pero no se imitaban todavía las reuniones políticas de Europa. Aunque la política liberal se ha introducido aquí en las salas de banquetes, pero no puede todavía haber envenenado con su hiel los corazones de los invitados al principio de la comida, los discursos marcaban cierta tendencia a la oposición liberal, pero desde los primeros brindis olvidaron completamente la política; cada uno bebía a la salud de su vecino, compadre, o amigo, y terminada la comida, todos se reunieron en la tertulia del Intendente, a pesar de que éste pertenecía al partido opuesto. Las señoras ya se encontraban reunidas. Todas las puertas y todas las ventanas abiertas, el patio accesible para todo el mundo.

Yo estaba un poco atrasado no sabiendo a punto fijo la hora de la reunión, y cuando llegué, vestido como un verdadero parisiense, me era difícil pasar por la muchedumbre que estorbaba la puerta cochera, y más difícil todavía abrirme paso en el patio, donde se preparaba la ascensión de un globo. A duras penas logré acercarme a la puerta del salón; oía la música, pero me era imposible avanzar a través de la multitud de curiosos. Reconocido al fin por alguien que sabía que yo era del número de los invitados, me ayudaron a entrar en la sala, cuya tercera parte, por lo menos, estaba ocupada por personas no pertenecientes en absoluto a la reunión. La sala era enorme, bien alumbrada; las señoras adornadas con primor formaban el círculo en el salón; los caballeros se agrupaban en las piezas vecinas. El Intendente, amable y lleno de noble cortesía, recibía a la sociedad, sentado en un gran sillón; me invitó a tomar asiento a su lado para que yo tuviera la facilidad de observar cómodamente.

Realmente el espectáculo era para mí nuevo y original. La sociedad invitada a la reunión, las señoras engalanadas con buen gusto, los caballeros elegantes, se tocaban

casi con la multitud de todas las condiciones que obstruían las puertas, las ventanas y hasta la sala misma. Esta segunda parte de la sociedad, tolerada según la costumbre del país, se compone de burgueses, obreros, sirvientes, negros, y aun personas ricas y distinguidas que no recibieron la invitación, o bien, por una razón cualquiera no la aceptaron, sino que deseaban asistir de incógnito; los llamaban *tapados*, porque cada tapada mujer se cubre enteramente la cara con un velo espeso o con un chal cualquiera, no dejando libres más que los ojos, algunas veces un ojo solamente para no ser reconocidas, y los caballeros llevan sus sombreros metidos hasta los ojos, y la parte inferior del rostro cubierta con el pliegue de la capa española colgada de un hombro a otro. Era un contraste fantástico de un modo raro esta asamblea de rostros cubiertos, con sombreros, inmóvil y muda, al lado de las señoras y señoritas vestidas con elegancia, brillantes y animosas y caballeros de traje negro y calzados. Lo que ofrecía sobre todo un cuadro raro, eran los grupos de hermosas señoras, sentadas cerca de las ventanas abiertas, teniendo a la misma altura y casi en la misma línea las caras de las *tapadas*. Una señora que se distinguía por su rico traje y de mucho gusto, la esposa del comandante de la guardia nacional, doña Mercedes Morales, adornada con un bonito turbante con broches de diamantes y rubíes, coronado con una pluma de ave del paraíso, una jovencita hermosa como un ángel, eran casi rozadas por una villana cabeza de negro que trataba de avanzar lo más posible su cara a través de la ventana, y una cabeza de mujer de tez cobriza, cubierta con un chal blanco.

Todo sucedía entretanto, sin una sombra de desorden; se podía aun observar en la actitud de esta muchedumbre cierta reserva conveniente. No me cansaba de observar esta extraña asamblea con muchísimo más interés que la reunión del salón, que no difería en nada de nuestras sociedades de Europa. Cuando el Intendente Sr. Irarrázaval me interpeló: "Le parece, por lo que veo, muy rara la presencia del pueblo y de las personas de todas condiciones que vienen de la calle para ver nuestras reuniones. Entre Uds. en Europa, los criados habrían dispersado este populacho, o bien, la policía habría prohibido el acceso de la casa".

Yo no sabía qué contestar cuando un joven recién llegado de la capital, se mezcló en la conversación diciendo que realmente no era del todo conveniente.

¿Y cuál es su opinión, señor?, me preguntó el Intendente con una sonrisa.

Confieso que entre nosotros se habrían colocado guardias a la entrada, contesté.

¡Ah!, dijo, es que entre Uds. no hay más que jactancia de la libertad y la igualdad. Entre nosotros también; en la capital, en Santiago, nos consideran como aristócratas a los de la antigua generación, llamándose ellos mismos liberales y juzgando como tales a los ingleses y a los franceses, adoptan sus ideas y sus innovaciones. Antaño entre nosotros se hablaba poco de liberalismo, pero vivíamos mucho más estrechamente unidos con el pueblo y no dejando de interesarse por su suerte, ni perdíamos nada de nuestra autoridad ni consideraciones que se nos deben. Mi padre, el marqués, era uno de los más ricos propietarios; sus tierras se extendían desde el mar hasta más allá de la Cordillera. A menudo daba tertulias y bailes magníficos en su casa de la capital y la entrada era siempre libre para los *tapados* lo mismo que para los invitados; cuidado con aquél que por orgullo o por capricho hubiera cerrado las puertas y las ventanas de su casa; el pueblo sería capaz de hacerlas pedazos. Es por eso que de nuestros antiguos tiempos teniendo la gente del pueblo la posibilidad de observar de cerca nuestras costumbres y nuestros hábitos, nuestros juegos y nuestras danzas se apropiaban involuntariamente ciertos rasgos de nuestra manera de ser; sus maneras se hacían menos duras, el tratamiento más afable, cantaban las canciones de nuestras señoras, bailaban los mismos bailes, y la len-

gua, la manera de expresarse no era tan diferente como la de las diversas clases en Francia y en Alemania.

Mientras tanto el *bastonero* (el que dirige los bailes) dio la señal para el baile. Como entre nosotros, el baile comienza por la polonesa, aquí es la antigua contradanza española que abre el baile. Las parejas se forman lo mismo que para la antigua inglesa; son de diferentes figuras y evoluciones que tienen un carácter antes grave y serio que gracioso y animado, es por eso mismo que las personas de edad toman parte en ella. Antiguamente era por el minué español por el cual se comenzaba el baile, pero ya lo olvidan; la cuadrilla francesa amenaza con la misma suerte a la contradanza.

Después de terminado el baile, presentaron la guitarra a una de las lindas señoritas que, sin hacerse rogar mucho, cantó una de las arias favoritas españolas, un poco triste, melancólica, una romanza simple y agraciada, sin ningún carácter apasionado y febril que trastorna los sentidos. Las jóvenes amigas de la cantante le ayudaban con su voz, y en cuanto había terminado la canción, aplaudían diciendo: *muy bien, muy bien*.

La guitarra pasaba de mano en mano, presentada siempre cortésmente por uno de los jóvenes a la persona a quien se rogaba que cantara.

Hay que agregar que en los trajes de las señoras había mucha sencillez. No se descubrían el cuello y los hombros de ninguna manera, y en lo concerniente al adorno de la cabeza, no solamente las jóvenes sino también la mayor parte de las señoras casadas llevaban sencillamente dos grandes trenzas que tenían por todo adorno alguna bonita flor recién cogida. No había más que dos señoras recién llegadas de la capital que se distinguían por los complicados adornos de la cabeza: alfileres, cadenas y flores artificiales.

Fue a fuerza de saludos y ceremonias como el *bastonero* se acercó a una de ellas, de quien se sabía estudiaba canto en Santiago y que podía aun cantar notas: no fue sin dificultad como se decidió a tomar la guitarra, y después de ponerla acorde, entonó el aria italiana, y qué aria, era el pobre "i tanti palpiti", que atormentó sin misericordia. Era difícil enseguida volver a las canciones más sencillas; se principió entonces por las danzas favoritas que animaron mucho la reunión.

Eran bailes nacionales acompañados de la música y del canto. Silenciaron la orquesta desagradable, y las señoras mismas cantaban acompañándose de la guitarra, mientras que los demás bailaban. No es más que una señora y un caballero que se colocan uno enfrente del otro para estas danzas, teniendo mucho parecido con el bolero español, donde principalmente domina la gracia, y aunque existan ciertas reglas cada uno se guía más bien por la inspiración. No me ha tocado ver dos señoras que bailen una de estas danzas de igual manera; frecuentemente la misma persona cada vez de manera diferente. Esta variedad es muy agradable para los espectadores mismos, y por más que algunos viajeros acusan estas danzas de un carácter demasiado apasionado, afirmo que aquí, como entre nosotros, todo depende de la educación, del carácter y de la condición de los que bailan. En todo caso no hay duda que la danza unida al canto y a la poesía, acompañada del son del arpa o de la guitarra, revela mucho mejor la alegría y la animación que la cuadrilla y la orquesta de nuestros salones.

Una de esas danzas, muy en boga, llamada *Cuándo*, comienza por el minué; el canto es serio, "cuando, pues, alumbraría ese día feliz", la señora y el caballero se saludan mutuamente y se contornean con mucha gracia, lo que recuerda el antiguo minué; pero después de un instante el aire cambia, la melodía se pone más animada, el compás agitado y la danza se transforma en movimientos rápidos y pataleo; y se

encuentra siempre entonces alguien que lleva el compás con las manos sobre la guitarra, excitando de esta manera el ardor de los que danzan.

La más favorita de estas danzas, la que se considera como esencialmente nacional, es la *zamacueca*, al parecer, proveniente del Perú, más sencilla y más fácil que el bolero de Andalucía, pero menos apasionada; la bailan aquí en todas las reuniones, lo mismo en los salones elegantes que en la cabaña del campesino; la diferencia consiste solamente en la manera más o menos conveniente y la gracia de los que bailan.

Aquí tampoco existen las reglas precisas; la señora y el caballero avanzan y se separan agitando sus pañuelos, dando ora pasos cortos, alterados, ora resbalando graciosamente, se evitan y se buscan alternativamente; el caballero se inclina delante de su compañera dejando arrastrar el pañuelo a sus pies con un gesto lleno de sumisión y de súplica, la señora agita entonces el suyo con apariencia de rechazo y toma la dirección opuesta. Es difícil dar al lector una idea exacta de todas las evoluciones de los que bailan, que tratan de expresar el sentido de la danza por los gestos, los ojos y la sonrisa. La reunión entera se entusiasma, el canto se hace cada vez más expresivo, los jóvenes rodean a los bailarines acelerando el compás; todos parecen esperar con interés el desenlace cuando la danza termina en el momento menos esperado en medio de los aplausos y elogios sinceros. Las palabras de la canción no contribuyen menos a la alegría; el sentido varía continuamente, ora triste, ora placentero, gracioso o apasionado, a menudo las palabras vacías de sentido, como nuestras canciones de Pracovia, pero difíciles de imitar en cualquier lengua, o bien, aplicar a otra danza; esta copla, por ejemplo, que cantan en el momento de la danza, en que el joven indeciso se acerca o se aleja sucesivamente de la señora que, por su parte igualmente, no se atreve a levantar los ojos:

Ahora sí, ahora no,
Ahora sí, ahora no,

Ahora sí que te aseguro yo.

En general el carácter de la música en Chile es triste, melancólica y un poco apasionada.

Después de esta graciosa danza, la gaviota, verdadero contrabando francés que la sobrina del gobernador debió bailar, cediendo a las porfiadas súplicas de la reunión, me pareció prosaica. Los instrumentos que sonaban desafinados y en desacorde muchas veces consigo mismos y con las difíciles cabriolas de la danza, no podían compararse con ventaja a la *zamacueca* acompañada de canto. Menos agraciado hasta ahora apareció el *marinero*, llamado aquí *pieza inglesa*. Nadie se atrevió a dar su opinión, y creo que era solamente para agradar a los extranjeros que bailaban esas piezas.

Volvieron pronto a las danzas nacionales. Era entonces la *resbalosa* y varias siempre del género del bolero.

La tertulia pasó muy pronto, y confieso que hacía ya mucho tiempo que no me había entretenido tan bien. Eran sobre todo los tapados los que atraían más a menudo mi atención. Durante toda la duración del baile observaban una postura muy moderada, aparte de algunas ligeras manifestaciones de alegría y de placer cuando la danza despertaba en ellos un entusiasmo más fuerte.

Uno de los señores con el cual mantuve conversación sobre este tema, me hizo notar entre las tapadas de las señoras que pertenecían seguramente a la sociedad santiaguina. "Se hallan siempre, me dijo, personas que prefieren asistir a los bailes en calidad de *tapadas*. A menudo les reservan al lado del salón piezas aparte poco

iluminada, les sirven también dulces y refrescos; pero en su mayor parte las señoras de la sociedad se mezclan con la multitud, de modo que el marido, el hermano o el novio no saben nada que son observados de cerca. Más de un caballero de un modo semejante, guiado por los celos o simplemente por picardía disimula la enfermedad o un viaje, se introduce en el salón *tapado*, observa y oye hasta la conversación de las personas que le interesan.

De ahí la cantidad de sucesos, de pequeñas intrigas que ocupan y entretienen la sociedad durante muchos días”.

Poco tiempo después leía la descripción del viaje del capitán Hall, que, criticando todo lo que no era inglés, juzga falso este hábito del país, diciendo que los *tapados* son partidarios del gobierno español, la antigua nobleza arruinada por el triunfo del nuevo orden y despreciada por los patriotas.

Hacia la una de la noche estaba terminado el baile. Los *tapados* se retiraron primero. Enseguida salía por grupos la sociedad. Ni había coches, ni criados, ni obstrucción ni imprecaciones de los gendarmes como en nuestras grandes ciudades. Los jóvenes acompañaban a las señoras hasta sus casas; por mi parte también, con el permiso de la madre, tuve el placer de ofrecer el brazo a una agraciada señorita. La noche estaba hermosa, había claridad de luna, las cadenas de las cordilleras se dibujaban en el oriente con sombra negruzca, el mar reflejaba la luz por ondas plateadas.

Los guardianes
nocturnos.
Serenos

La noche estaba tan clara y hermosa, el aire tan suave y tranquilo que estuve paseándome mucho rato todavía, solo, en las calles. Evocaba los recuerdos de mi país, de nuestras reuniones de familia, saraos y danzas.

De vez en cuando un ligero soplo de aire traía el perfume delicado del floripondio y de los heliotropos de Chile. No había más que el mochuelo de mal augurio que rompía el silencio con su voz ronca y la lechuza, un bonito pájaro nocturno, cortaba el aire con su vuelo rápido.

La ciudad entera estaba en reposo, toda la gente dormía, las casas a puertas cerradas; sólo los guardianes nocturnos, gente pagada por la ciudad, se paseaban cantando el aria de iglesia: “Ave María Purísima”.

No había entonces en Coquimbo ladrones ni gente sospechosa; con toda seguridad se podía dejar las puertas de la casa abiertas, el cerrajero no tenía nunca trabajo para componer las cerrajas. No se recuerda tampoco que esos piadosos serenos, que pasaban las noches enteras orando tan sencillamente, hayan tenido que perseguir a un malhechor cualquiera. Se paseaban, no obstante, hasta el alba y entonces los guardianes de toda la ciudad se reunían cerca de alguna iglesia en que, después de la inspección hecha por su superior, entonaban juntos un canto a la Santa Virgen y se separaban para entrar en su casa.

Feliz país en que, después del día de trabajo, se puede dormir tranquilamente bajo la protección de gente que tiene por toda arma la oración y la salutación de la Madre de nuestro Salvador.

Esta hermosa costumbre existía todavía a mi llegada a Chile, aunque en la capital, en Santiago, no pudo resistir a las burlas de los extranjeros, principalmente de los alemanes y de los ingleses. Los liberales creían que esta oración, muestra de fanatismo, debían cambiarla por una aclamación patriótica, y durante mucho tiempo los *serenos* fueron obligados a gritar las noches enteras: ¡Viva Chile! Se dieron cuenta después que era ridículo y fastidioso oír continuamente bajo sus ventanas el Viva Chile; entonces la policía dio la orden a los guardianes que se callaran. Resultó que esta gente, obligada a callar se quedaban dormidos apaciblemente en las

calles y más de una vez el ladrón les llevó la gorra y el sable; pues los habían hecho usar armas desde que ya no oraban. Los antiguos, habituados a oír la voz de los guardianes, hallaban ahora que las noches eran muy tristes, largas y aburridas; los robos se hacían cada vez más frecuentes. La policía introdujo entonces los pitos, y desde entonces los serenos no rezan, pero pitean sin misericordia en las calles, y... nadie se queja.

Era en el mes de octubre, la víspera del día onomástico de una de las más distinguidas señoras de Coquimbo. Como amigo e íntimo de la casa, fui a hacerle una visita de felicitación. El dueño de casa, su esposa y su hija permanecían sentados como de ordinario delante de una mesa; pocos instantes después entró el Intendente con su joven y bella sobrina. La conversación tranquila y seria, un poco demasiado monótona se prolongó hasta las nueve horas. En los intervalos de la conversación se oía el ruido lejano del mar. De repente, las arpas resonaron en la calle y oímos el canto de mujeres delante de la casa; nadie se movió, pero hicieron alumbrar el salón. En cuanto cesó el canto, vimos entrar en la pieza a D. Ramón Organdoña, muy conocido en la ciudad por sus discursos e improvisaciones, envuelto en una gran capa española, con su sombrero ligeramente metido; al mismo tiempo todo el patio se llenó de gente y divisamos en la puerta una cantidad de los *tapados*. Nadie se levantaba para recibirlos, D. Ramón no nos saludaba tampoco, pero avanzando grave y silencioso hacia el medio de la pieza, dejó caer de su hombro derecho el pliegue de su capa y sosteniéndolo con la mano izquierda, levantó el otro brazo hacia aquella cuya fiesta celebraban y principió a declamar en su honor una poesía en la hermosa lengua de Cervantes y de Calderón. Después de cada copla del poeta, comenzaba el canto acompañado del arpa y lanzaban cohetes en el patio. Esperando D. Ramón quedaba inmóvil, paseando con gravedad su mirada por el cielo raso y, cuando el silencio se restablecía, continuaba su improvisación redoblando elogios y cumplimientos para la dueña de casa, invocando en auxilio a todas las divinidades del Olimpo para salir dignamente de la dificultad que había tomado a su cargo, etc., etc.

Eso ha durado casi media hora, y el poeta permanecía todo el tiempo en medio de la pieza, tieso como un embajador en la audiencia delante del trono. Terminada la última estrofa, se acercó a la dueña de casa y completó en prosa su felicitación.

Fue entonces solamente cuando el dueño de casa salió al patio e invitó a toda la gente. Las cantoras fueron las primeras en entrar e hicieron entrar al mismo tiempo las arpas; enseguida era una numerosa sociedad de señoras, de personas de la familia, muchos jóvenes vestidos para la danza. Mandaron abrir las puertas y todas las ventanas para el pueblo y los *tapados*. Muchas niñas del pueblo que pertenecían al *esquinazo* eran invitadas al salón y cantaban acompañándose del arpa; las señoritas de la sociedad se acompañaban del piano; y no existía falsa vergüenza ni envidia. El patio entero, las ventanas y las puertas estaban llenas de curiosos; en el salón se veía a más de un obrero con su *poncho* de colores chillones al lado de caballeros cubiertos con sus grandes capas. La noche estaba pasando en danzas y cantos al son de las arpas y de las guitarras; lanzaban cohetes en el patio y en las calles. Se divertieron hasta contarlos entre los días felices, alegremente y sin continencia, pero también sin faltar a los respetos, aunque no había nadie para vigilar el orden y la etiqueta.

Esquinazo. La serenata

Una escena en
las minas de
plata en
Arqueros
(1838)

Antes de entrar en descripciones geológicas y mineralógicas de mis excursiones de minero, quiero anotar el cuadro de una escena de la vida de los mineros, que tuve la ocasión de admirar a mi llegada a Arqueros, una mina de plata que elegí para mi primera excursión, alejada una docena de millas de Coquimbo.

Llegué allí un sábado, en los momentos en que los mineros terminaban su trabajo de la semana. Las minas están situadas en una comarca enteramente desierta y se elevan a mil metros sobre el nivel del mar. Encontré amable hospitalidad en casa del juez D. Diego, que era al mismo tiempo director de una de las minas y para quien tenía una carta de recomendación.

El sol estaba todavía lejos del horizonte cuando los mineros, fatigados, medio desnudos y sudando comenzaron a salir uno a uno de debajo de la tierra, botando los últimos *capachos* del rico mineral al lado de la casa del *mayordomo*. Enseguida, alegres y canturriando se arreglaban. Cada minero se ponía una camisa limpia de color, una gorrita roja, un delantal de cuero amarillo, ojotas y se ceñían con una larga banda negra; los calzones anchos, pero hasta las rodillas y largas medias negras completaban el traje de los que trabajan en el interior de las minas.

Aquella noche se prometían distracciones y diversiones muy especiales, que debían verificarse en la plazuela, destinada para este género de entretenimientos, como para los comerciantes que traían aquí sus mercaderías.

Los mineros no se hacían esperar, olvidando la fatiga, en cuanto recibieron su salario, el provecho del trabajo de la semana entera, se apresuraron a reunirse en la plaza en número de más de mil personas.

Don Diego era juez de primera instancia, subdelegado, el único funcionario, poder ejecutivo, jefe de policía, pero sin sueldo ni agentes de policía.

Era un hombre de edad avanzada, pero sano y robusto, amable y cumplido, militar del tiempo de los españoles, pero partidario de la república; hablaba con muchas consideraciones y deferencias del rey de España.

Dejando a un lado todos los asuntos del día, se ofreció amablemente para acompañarme y dejarme ver aquella noche toda la población reunida en la plaza para divertirse. Se arregló cuidadosamente, se ciñó una banda roja y con un gran sable enmohecido, insignias de su dignidad, echando a su hombro un bonito *poncho*, sin olvidar las grandes espuelas, montó una hermosa mula negra. El trayecto no era largo; íbamos al paso a través de los montes y las quebradas, encontrando a cada paso montones de piedras y hoyos de minas; no hay vegetación, apenas se divisaba por aquí y por allá un matorral de cactus.

La noche llegaba cuando estuvimos en la plaza y nos detuvimos delante de una cabaña un poco más grande que las demás, donde ya había mucha gente. Los mineros nos cedieron lugar y, al entrar en la cabaña, divisé en el rincón un altar recién arreglado de nuestra Señora del Carmen, patrona de Chile; muchas luces y una bandeja para la limosna. Un sacristán improvisado, promovedor del rosario se mantenía al lado; y a cierta distancia muchas mujeres permanecían sentadas, adornadas con pañuelos de seda de China, y varios mayordomos. En el rincón opuesto de la cabaña vendían duraznos, uvas, sandías y pastelillos de dulce.

Todos miraban, el silencio y el orden eran perfectos; se oía solamente el son de la guitarra y el canto de una mujer en la cabaña vecina; era la *chingana*, entretenimiento favorito del pueblo. Entramos en ella. La pieza estaba llena de gente; servían horchata, duraznos y sandías; en medio de la cabaña había un piso más elevado, género estrado, donde una niña esbelta y bonita, con magnífico pelo, cuyas trenzas caían hasta los pies, bailaba con un minero de anchas espaldas, con *poncho* negro,

camisa azul y delantal de cuero. El pueblo de Chile es demasiado serio para bailar en reuniones públicas, aunque le gusta con pasión el canto y el baile que son aquí inseparables. Ordinariamente los cantores se pagan y las personas que bailan son elegidas entre aquellas que se distinguen en el arte. Aquí lo mismo que en los salones de la gente rica, los bailarines se sirven para el baile de su pañuelos, dan los mismos pasos, acercándose y alejándose uno del otro; no falta más que la gracia y la elegancia de los otros, y si no hay la animación ni la alegría de nuestras danzas del pueblo, porque precisamente aquí tratan demasiado de imitar la *zamacueca* de los salones. No obstante la danza correspondía perfectamente al carácter del canto español, tierno, lánguido y amoroso. El bailarín lanza sobre su compañera miradas apasionadas, ella lo evita o vuelve la cabeza manteniendo el ademán indeciso. Los espectadores tranquilos y silenciosos los miran con interés.

La danza era interrumpida por el ruido de la campanilla que venía de la cabaña en que estaba el altar; la guitarra se calló y toda la gente salió. En dos minutos no quedaba en la pieza más que la bailadora, la guitarra puesta en un banco, varios vasos medio vacíos y algunos niños.

Seguimos la multitud que ya se había formado delante del altar: los niños y las mujeres adelante, atrás de ellos los viejos y los superiores; más lejos, en la puerta y afuera los jóvenes mineros, pues no había bastante lugar.

A falta de sacerdote un anciano comenzó en voz alta a rezar el rosario; todos se han hincado rezando con mucho fervor, como si estuvieran en una iglesia. Después del rosario lanzaron los cohetes, y cuando entramos en la plaza, había ya muchos mineros que habían encendido fuego, y sentados en el suelo jugaban tranquilamente al naípe. Era un cuadro muy pintoresco que yo admiraba con mucho interés. Los trajes tan originales de colores muy subidos, los rostros de tez cobriza y gorras rojas, los ojos negros animados por el juego, la variedad de los grupos alumbrados por la luz vacilante de los fuegos; todo tenía por bóveda el cielo estrellado y gigantescos montes alrededor. Era verdaderamente agradable.

Un minero daba la vuelta a la plaza haciendo la colecta entre los grupos para la construcción de la iglesia en *Los Molles*, una aldea un poco distante, donde se conserva todavía el antiguo cementerio indio; era precisamente de allá de donde el viejo promovedor del rosario había llegado con el altar y los escapularios.

Una media hora después el cuadro se había cambiado. Todo el público que tomó parte en el rosario, todos los jugadores y los bailarines se reunieron en la misma cabaña del altar, que se había transformado en teatro de títeres. Nos dirigimos también allí ocupando los primeros asientos que nos reservaron al lado de las mujeres, entre las cuales se encontraba una muy graciosa niña, conocida de D. Diego. Al lado de la escena, delante del telón, quedaba sentado un minero que, acompañándose de la guitarra, cantó con toda su voz escogiendo las canciones que podían adaptarse cuanto era posible al tema de la representación. Como la cabaña era larga, pero angosta para que todos tuvieran la posibilidad de ver la escena sin ser molestados por aquellos que estaban colocados adelante, las primeras filas tuvieron que sentarse en el suelo, los siguientes quedaban sentados en bancos y los más alejados subían encima y se prendían aún a las vigas y al techo. No había más que D. Diego, yo y la graciosa niña que teníamos sillas.

Uno de los principales personajes de la escena era un dandí lleno de pretensiones; cantaba y bailaba en la escena con una señorita muy elegante, le hacía la corte cuando de repente aparece un joven minero en traje corriente, buen mozo, alegre y alerta, que pronto inicia la conquista de la señorita, y el primer bailarín se retira todo confuso, con gran satisfacción del público. Era en seguida un oficial con uniforme bordado que ha entrado en escena y pretendía bailar con la señorita, pero el mi-

nero lo ha golpeado y echado en medio de los aplausos. Había todavía muchas escenas de este género, y el minero salía siempre triunfante. Entre otras, era un individuo montado en un burro, sosteniendo que era un caballo *cuyano*; esta agudeza gustó mucho al público, pues al pueblo de aquí no le gusta de ninguna manera a sus vecinos de Mendoza. El minero trabó la conversación con el cuyano y se burlaba de él; entusiasmado el público de la sala lanzaba agudezas y burlas. Al final, era todavía un mono negro que apareció y comenzó a perseguir a la señorita. El público un poco achispado se permitía observaciones poco convenientes, de modo que D. Diego, que desde hacía un instante estaba ya enojado con un robusto barretero, viéndolo echarle dulces miradas a su compañera, se levantó y salimos. Era ya media noche, la noche estaba en calma, los montes parecían tres veces más elevado que de día. Subimos en nuestros caballos, D. Diego colocó a la joven en ancas y marchando al paso a lo largo del barranco nos dirigimos a la casa.